



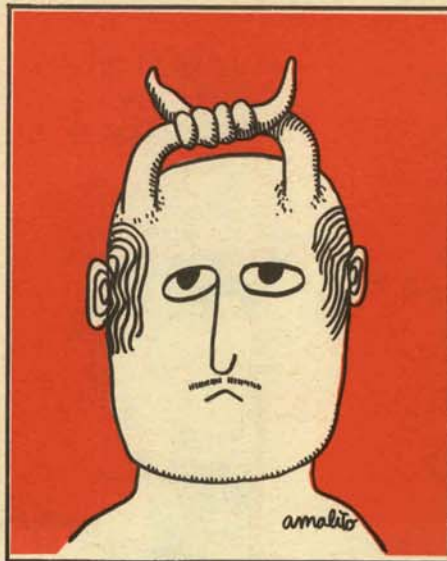
MY SECRET LIFE

CAPITULO 8

—¿Se puede? Buenas, somos de la Mafia.

Cuatro pistolas me apuntaban. El más viejo se volvió al más joven y ordenó: «Luigui, haz una demostración». Luigui Scarcello, redondo como las hembras de Rubens, abrió sus pantalones. Nada. Allí no había nada. «Esto —dijo el más viejo— puede pasarle a usted. La Cosa Nostra no admite competencia». Estaba claro: o con la Cosa Nostra, o sin la cosa mía. La Mafia había decidido controlar el amor y acabar con aquel incipiente y vago aperturismo. El jefe de los gangsters exigía el cuarenta por ciento de mis ingresos como gigoló y trataba de cobrar con efecto retroactivo y a punta de pistola. De lo contrario... ahí estaba Luigui Scarcello con su navaja barbera y su resentida sonrisa de enuco. «Trabajarás para la Organización y llevarás un cuadernillo donde apuntarás gastos e ingresos. Si te resistes o tratas de engañarnos, la navaja de Luigui bordará cicatrices en tu bajo vientre». Sonreí. Negué con la hermosura de mis cabellos negros y les di la espalda. Bajo mi balcón, un jardín de almendros en flor se estiraba bajo los pies de doscientas doncellas núbiles. Me limé las uñas despacio y recordé las palabras de Mimí Tatúm al despedirse en Marbella: «Te acordarás de esto, Adriano. Nadie puede quitarle un duque español a Mimí Tatúm impunemente. Hablaré con la Mafia». ¡Mi pequeña Mimí Tatúm...! Ahijada del gran Padrino, no tardó en denunciarme a la organización. Y ahora, en mi casa de Mallorca, cuatro pistolas me apuntaban por la espalda. Pero, yo —Adriano di Tola— había nacido para ganar. Todavía no se había fundido el plomo que pudiera romper mi estatura. El último as de aquella partida esperaba tras la cortina malva. El jefe de los gangsters dijo: «Don Calogero se va a cabrear...». Me volví. Los miré uno a uno con desprecio y di una suave palmada. Se abrieron las cortinas y apareció la esposa de don Calogero, disfrada de Judith, con un terrible gesto en el semblante, un espadón en su mano derecha y la cabeza de su esposo en la izquierda. Los mafiosos corrieron despavoridos, mientras la sangre del capo regaba mis alfombras de Persia. La viuda del padrino tiró la cabeza por el balcón y se echó en mis brazos. Musitó: «¡Oh, qué rato he pasado, mi pequeño Adriano...!». Respondí: «Coge una bayeta y limpia la sangre de tu difunto. Cuida de secarte bien las manos. No me gusta el dinero manchado de sangre». Fuera, entre los almendros, las núbiles jugaban al voley-ball con la cabeza de don Calogero. Besé la foto de mi madre. Podría seguir en el sanatorio. (No es que esté enferma, es que le gusta vivir allí para reírse de los enfermos.)

ADRIANO DI TOLA



LA FOTO FAMILIAR

Ya está la primavera a tiro de piedra. Ya llega la época del acontecimiento que más une, que conjunta hasta los huesos, acontecimiento caro pero hermoso, difícilísimo de llevar a cabo pero por eso mismo rebosante de poder espiritual. Me refiero a la foto familiar, que tantos sacrificios requiere.

El diligente padre de familia, consciente de lo que se trae entre manos, reúne a mujer, prole y otras minucias familiares como son los abuelos, el suegro viudo y el primo Ernesto, que está tan solo y es un buen chico. Una vez agrupada la manada la mentaliza en un profundo sentido de inmortalidad gráfica. La infiere esa fuerza

necesaria para vencer cuantos obstáculos se presenten antes de la hora H, la de la foto. El padre de familia, para dar ejemplo, se hace un traje nuevo para que el brillo de los viejos no ponga en duda la economía del grupo. La madre deja de embuchar tortitas con nata, se ciñe faja y se depila a muerte. A los niños se les corta un poco el pelo y se les adiestra en el uso de las cremas balsámicas para que no se rasquen en el momento del «snap», se saca del armario al abuelo y se le desempolva a golpe de plumero, al suegro viudo se le tñen las patillas para que no se le note el mariconeo que le despertó su soledad y al primo Ernesto se le

compra un diploma para que lo luzca a modo de centro de atención de su silueta, ya que es más feo que donde los hacen. Se hacen diez ensayos y al fotógrafo de la calle Goya, que hace lo suficientemente mal las fotos como para ser bien apreciado. El fotógrafo empieza a hacer cosas, a llamar la atención de la manada. Por último se hace pis y lo consigue. Una familia más ha sido immortalizada. Precio de la foto (donde se incluye el traje, depilación, corte de pelos, plumero, tintes y diploma): treinta y siete mil pesetas. Y así año tras año. Y que dure. Es tan bonito.

JIMMY CORSO

